

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

—REVISTA : MENSUAL—

— DE LA —

SOCIEDAD CIENTIFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

José María Gomar.

TOMO V.—NUM. 4.

SUMARIO:

I. Acta.—II. Alocución, por Juan Gomar.—III. Oración fúnebre, por Abraham Chavarría.—IV. Semblanza: Horacio Rómulo Jarquín, por Eusebio Bracamonte.—V. A mi madre, poesía por Miguel Plácido Peña.—VI. Poesías de Ernesto y Adolfo León Gómez, por Isaías Gamboa H.—VII. A una mujer, poesía, por José María Gomar.—VIII. Tristezas, por Alonso Reyes G.—IX. A Salvador Díaz Mirón, poesía por Domingo Martínez Luján.—X. Julián del Casal, por Vicente Acosta.—XI. Romance, por Adolfo León Gómez.—XII. Clásica, poesía por I. Zelaya.—XIII. Reglamento de la Biblioteca.—XIV. Notas.—XV. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 61

SAN SALVADOR,—TIPOGRAFÍA "LA LUZ" CALLE DE MORAZÁN 31.

ENERO DE 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er.} Vocal	„ Alberto Masferrer.
2 ^o „	„ Indalecio Zelaya.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er.} Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Jeremías Martínez.

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS

Br. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Juan Gomar.
Dr. „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
Br. „ Víctor M. Jerez.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Arturo A. Ambrogi.
„ Doroteo Fonseca.	Don Isafías Gamboa H.

SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita.	Josefa Carrasco.
Doña	Luz Arrué de Miranda.	„	María Guadalupe Reyes.
Srita.	Lucila Gamero Moncada.	Dr. D.	Rubén Rivera.
Lic.	D. J. Fermín Aycinena.	„	„ Abraham Rivera.
„	„ Manuel Diéguez.	„	„ Ramón Rosa.
„	„ Carlos A. Imendia.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	„ J. Joaquín Pérez.	„	„ Esteban C. Roque.
„	„ Ismael Cerna.	Br.	„ Juan J. Lainez.
„	„ Anselmo Valdés.	„	„ Antonio Macía
Lic.	„ Désire Pector,	Dr.	„ Simeón Eduard
„	„ Joaquín B. Calvo.	„	„ David A. Payé
„	„ Salvador Flamenco.	„	„ Ramón PMolir
„	„ Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Horacio Rómulo Jarquín.
„	„ Carlos G. Amézaga.	„	„ Carlos Dárdano.
„	„ Ricardo Rossel.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	„ Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Baltasar Parada.
„	„ Justo Zaragoza.	Br.	„ Adolfo Castro.
„	„ Carlos Gagini.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
„	„ Marcelino Jaramillo Ortiz.	„	„ Rafael E. Chávez.
Dr.	„ Lucio Alvarenga.	„	„ Ezió Monjardino.
„	„ Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Julián del Casal.
Srita.	Amalia Puga.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
Doña	Clorinda Matto de Turner.	„	„ Carlos Fernández Shaw.
Srita.	Maria Springer.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez
		„	„ Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

Comisión Redactora:

Víctor M. Jerez

Alberto Masferrer.

José M.^a Gomar

TOMO V |

San Salvador, Enero de 1894.

| Núm. 4.

ACTA.

Sesión extraordinaria de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña", celebrada el 10 de enero de 1894.

Asistieron: Presidente Bracamonte, 2º Vocal Zelaya, 1º Secretario Reyes G. y 2º Secretario accidental Gomar (don José María).

Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Teniéndose noticia de que ayer falleció en esta capital el doctor don Horacio Rómulo Jarquín, quien fue socio activo de "La Juventud Salvadoreña", y últimamente corresponsal, por haber trasladado su residencia á otro lugar; y atendiendo á que el doctor Jarquín fue uno de los socios que contribuyeron á la definitiva organización de la Sociedad, y prestó sus servicios, durante el primer año de su fundación, como Fiscal y 3º Redactor del periódico órgano de la Corporación,

se acordó unánimemente, en observancia de lo dispuesto por el art. 12 de los Estatutos, lo siguiente: 1º Fue designado el socio Gomar (don Juan) para pronunciar una oración fúnebre en el acto de la inhumación de los restos del doctor Jarquín, debiendo asistir á ese acto todos los socios activos: 2º Se comisionó al socio Bracamonte para que escribiera la biografía del socio perdido, la cual se publicará en el próximo número de "La Juventud Salvadoreña", cuyas columnas deberán enlutarse; y 3º Se nombró una comisión compuesta de los socios Alonso Reyes G. y Adrián García para dar el pésame á la señora viuda del doctor Jarquín, á nombre de la Corporación, y para poner en sus manos copia certificada de la presente acta.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1º Secretario.

ALOCUCION

PRONUNCIADA

POR JUAN GOMAR

EN EL CEMENTERIO GENERAL DE SAN.
SALVADOR, AL INHUMARSE LOS RESTOS DEL
DOCTOR HORACIO R. JARQUÍN.

Señores:

Designado por la Junta Directiva de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña," de la cual era el doctor Horacio Rómulo Jarquín socio activo, y en cumplimiento de los Estatutos de aquélla, vengo á pronunciar esta pequeña alocución, suplicando de antemano la indulgencia á mis oyentes, tanto por mi falta de aptitudes, como por la premura del tiempo, que no me dio lugar á preparar un trabajo digno de los altos merecimientos del doctor Jarquín y del buen nombre de la Corporación que represento.

Señores:

¡Horacio Rómulo Jarquín ha muerto! Lágrimas faltan para llorar esa alma que acaba de separarse de la tierra para vivir en las hermosas regiones de la bienandanza eterna.

Horacio Rómulo Jarquín!—sus sentimientos filantrópicos, sus grandes y elevadas cualidades hacen que en estos solemnes momentos lloremos de corazón cerca del ataúd que encierra sus res-

tos, pues fue leal y consecuente amigo, esposo fiel y amante, y hombre que en nuestra patria dio timbre de honor á la administración de justicia.

Nació Jarquín en la ciudad de Usulután, y su madre doña Juana Gertrudis Jarquín y dos nobles protectores, lograron proporcionarle una buena educación, hasta hacer de él un abogado probo y distinguido y un servidor de la República.

Pero ¡ay! la fatalidad es tan grande que ese hombre, víctima de ella, ha dejado de existir, llenando de luto el corazón de sus deudos y amigos y las glorias de nuestra patria.

Jarquín desempeñó con heroísmo y sin temor alguno los difíciles cargos de Fiscal del Jurado de este departamento y de Juez de 1.^a Instancia de los de Cabañas y Sonsonate, en cuyos puestos demostró su acrisolada honradez, cumpliendo siempre con el hermoso precepto de la justicia que condena al culpable y absuelve al inocente.

Como socio activo de "La Juventud Salvadoreña" siempre cumplió con los deberes impuestos por ella, promoviendo sin descanso su engrandecimiento y desarrollo, con desinterés y abnegación.

La patria ha perdido en Jarquín

un hijo digno de ella, porque fue un abogado ilustre y honorable que consagró su vida al bien general. ¡Lloremos, pues, su temprana muerte!

Descansen en paz los restos del que fue Horacio Rómulo Jarquín; goce el alma del excelente compañero y noble amigo de los premios que Dios otorga á los que en este mundo fueron buenos, y sirva de ejemplo la conducta intachable de Jarquín á las generaciones que se levantan.

He dicho.

JUAN GOMAR.

San Salvador, enero 10 de 1894.

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA

Por el Dr. Abraham Ghavarría,

EN EL ACTO DE LA INHUMACIÓN DEL
CADÁVER DEL DOCTOR HORACIO RÓMULO
JARQUÍN.

SEÑORES:

Por una parte los fueros de la amistad y el compañerismo, y por otra la honrosa comisión que el señor Rector de la Universidad Nacional confiara á mis escasas aptitudes, me obligan á dirigiros la palabra en estos augustos momentos en que va á verificarse la inhumación de los restos venerandos del que fue Horacio Rómulo Jarquín.

Triste, tristísimo deber, señores el que nos obliga siempre á decir

adiós á aquellos seres que nos son queridos; dura ley la de la vida que nos fuerza á separarnos, y tal vez para siempre, de las personas con quienes hemos vivido en comunión constante durante largo período de tiempo. Y nada importan las ideas que al contacto de las inteligencias brotaron radiantes en un momento de inspiración; nada valen los sentimientos que de la unión de los corazones germinaron súbitamente, como el arroyo de la fuente: —nada significas tú, amor,—ni tú, amistad, cuando se llega la hora tremenda en que deben realizarse los decretos supremos de la Providencia:—lazos de la sociedad, vínculos de la sangre, todo desaparece en un instante inesperado, y el negro duelo viene á ofuscar las ideas en la mente y á confundir los sentimientos en el corazón. Juventud, belleza ¿qué son cuando el vendaval de esa tempestad que se llama muerte se desata sobre la cabeza del más privilegiado de los seres humanos? Talento, virtud, sabiduría ¿qué pueden cuando la rueda implacable se detiene y la parca corta el hilo de una existencia? Nada, absolutamente nada, señores! —Tiaras si infalibles no inmortales, cetros todopoderosos, pero no indestructibles, cunas doradas de príncipes rubios y soberanos y lechos miserables de paja y harapos formados, todo, todo se derrumba y rueda por ese abismo infinito que se llama tumba cuando la ampollita del Eterno ha marcado la hora fatal. ¿Qué nos queda, pues, cuando un hecho así de natural como constante se realiza en el decur-

so de nuestra vida?—¿Qué derecho podemos ejercer contra un acto tan tiránico como ineludible? Llorar, señores; llorar los que aun tenemos lágrimas para las tumbas de nuestros amigos, que el llanto es bálsamo purísimo puesto por Dios en el corazón de cada hombre para mitigar sus grandes pesares, para suavizar sus inmensos dolores; y los que todavía conservamos en lo íntimo de nuestro sér un destello de esa antorcha misteriosa que se llama Fe, debemos orar, señores, por el alma del que se va, porque la plegaria es incienso sacrosanto con que el alma de los justos obtiene del Tribunal Supremo la absolución de las faltas cometidas en la tierra.

Horacio Rómulo Jarquín, el amigo franco y sincero, el compañero inteligente y honorable, se ha separado de nosotros cuando aun teníamos derecho á que nos acompañase en el rudo batallar de la existencia. Se fue el ciudadano firme y probo llevándose á la tumba la convicción de sus derechos y la conciencia de sus deberes; nos abandonó en momentos supremos el paladín de las buenas causas y de los grandes principios, pero sin haber tenido una flaqueza que deslustrara su memoria, sin haber cometido una debilidad que mancillara su nombre. Porque sabedlo, señores, el doctor Jarquín fue uno de esos seres privilegiados que, además de una inteligencia clarísima, albergaba un noble y bello corazón, de cuyo concierto resultó una personalidad simpática con caracteres propios, que si bien

es verdad que no figuró en el orden que le correspondía, fue debido, más que todo, á una virtud excelsa que en sociedades como la nuestra constituye una verdadera desgracia — la humildad.— Sí! humilde fue aquella existencia luminosa que cruzó rápidamente por los horizontes de la patria, dejando por toda huella un recuerdo grato en la memoria de los que le conocimos y un amor imperecedero en el corazón de la que fue su esposa.

Pero no obstante todas nuestras convicciones científicas sobre las nominadas leyes naturales, á pesar de nuestras creencias religiosas que nos alimentan la esperanza de una vida mejor, como la resolución más acertada al problema de ultra tumba, no sé yo por qué el corazón, el cerebro, las ideas, los sentimientos y todo lo que en nuestro sér hay de pensante y de sensible, se revelan inconscientemente contra la realización de esas leyes cuando afectan á alguno de esos seres que casi forman parte de nuestra personalidad, cuando truncan la existencia de aquellos á quienes hemos estrechado la mano con gran satisfacción llamándolos amigos ó hermanos. Y si el que nos dice adiós se lleva á la tumba un mundo de ilusiones concebidas, pero no realizadas, un caudal de pensamientos regeneradores y de ideas luminosas que con el trascurso del tiempo pudieron ser bases de un nuevo orden social ó político; si el que se va emprende el viaje eterno lleno de juventud que es fuente inagotable de amor, virtud, generosidad, ideales

bellísimos, esperanzas grandiosas..... ah, señores, entonces no hay razón que convenza, no hay luz que guíe, no hay fe que consuele; y lo que no es sino obra de la Providencia, efecto de una causa conocida, nos parece un crimen y lo reputamos como la más injustificable trasgresión á las leyes sacrosantas del Creador!.....

Con todo, hay que conformarnos, señores; y por eso vengo ahora á cumplir con el tremendo deber de regar una lágrima sobre la augusta tumba del buen ciudadano, del mejor compañero y del incomparable amigo, en significación del inmenso pesar que su temprana muerte ha causado en mi alma, y á decirle con toda la sinceridad de un corazón joven: Horacio! el que durante tu existencia se honró llamándote amigo, después de ella se enorgullecerá llamándote hermano y haciendo de tu nombre un símbolo.

HE DICHO,

ABRAHAM CHAVARRÍA.

San Salvador, enero 10 de 1894.

SEMBLANZA

HORACIO ROMULO JARQUIN.

Cuando la hermosa luz de una inteligencia se apaga al soplo frío de la muerte; cuando un corazón que sólo ha palpitado al impulso de sentimientos generosos deja de golpear dentro del pecho; cuando una alma noble abandona el cuerpo que animara para alzar el

vuelo á regiones ignoradas, ¿todo ha concluído? No!

Esas relaciones misteriosas que, á través de la tumba, conservamos con los seres queridos que se fueron: ese amor á los lugares que guardan sus restos venerados, á donde constantemente llevamos nuestra ofrenda de flores y de lágrimas, de oraciones y recuerdos; ese cariño y solicitud con que recogemos, como santas reliquias, las prendas que les pertenecieron, son los medios que tenemos para burlarnos de la muerte, son el lenitivo de intensos dolores y la promesa halagadora de una vida futura en que hemos de reunirnos á aquéllos que antes que nosotros emprendieron el viaje á la eternidad.

La persona moral no muere: ella está constituida por la nobleza del carácter, por la hidalguía de los sentimientos, por la rectitud de la conciencia y por la bondad de las acciones. Al traspasar el umbral de la tumba un sér á quien han adornado tan bellas cualidades, no se puede llevar la impresión que nos ha causado con los triunfos de su inteligencia y con sus acciones laudables: queda aun en el mundo la figura simpática que fundieran aquellos altos merecimientos.

La vida de uno de estos seres encierra enseñanzas saludables, y escribirla es trabajo, aunque difícil, provechoso. Es por demás interesante la de Horacio Rómulo Jarquín, ese joven que acaba de ocultarse en las sombras de la tumba, sin que pudieran retenerlo en este mundo los amantes brazos de una esposa adorada, ni

las plegarias de la amistad, ni los reclamos de la patria que él amara con amor intenso.

Muy poco fue conocido Horacio Rómulo Jarquín. Modesto, como era, sus méritos casi solamente los conocimos y apreciamos los que tuvimos ocasión de tratarlo de cerca y la dicha de ser sus amigos y compañeros en las aulas. Tócame á mí, por designación de la Junta Directiva de la Sociedad Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña" y por exigencia del corazón, la honra de presentar en esta semblanza, aunque con débil colorido, la fotografía moral de aquel joven, modelo de jóvenes, por sus bellas prendas personales.

* * *

Horacio Rómulo Jarquín nació el 17 de enero de 1860 en la ciudad de Usulután, y fue su madre doña Juana Gertrudis Jarquín.

No se meció el tierno infante en dorada cuna, ni lo abrigaron perfumadas mantas de lino y seda, con blondas vaporosas, ni sus primeros pasos los dio sobre alfombras. La madre de Jarquín carecía de bienes de fortuna, pero poseía otros tesoros, quizá más apreciables, que dar á su hijo, y que acaso más tarde le serían de mayor utilidad.

Si es la madre el principal factor en la formación del carácter del niño, en la constitución de su ser espiritual, y si las buenas condiciones morales se transmiten de padres á hijos, la madre de Jarquín fue sin duda madre ejemplar, pues él desde temprana edad fue un hijo excelente que ayudó á

aquella á sobrellevar las cargas de la familia, para lo cual tuvo que ejercer en los primeros años una ocupación humildísima, aunque no degradante, porque el trabajo, por humilde que sea, no degrada nunca, sino que honra y dignifica, especialmente si su producto se destina al cumplimiento de sagrados deberes.

Cuando Horacio tenía doce años de edad, doña Juana, deseando proporcionar á su hijo una buena educación, con muchas dificultades y sufriendo privaciones, puesto que él la ayudaba ya con su trabajo, lo envió á la Escuela pública que en aquella ciudad dirigía el señor don Baltasar Parada. Bien pronto el joven Jarquín figuró entre los alumnos más aprovechados, conquistándose las simpatías y estimación de su maestro y condiscípulos, por su clara inteligencia y su buen comportamiento.

El año de 1878 el Jefe del Estado hizo una visita oficial al departamento de Usulután; y habiéndose practicado en presencia de aquel alto funcionario y del Ministro que lo acompañaba, un examen público en el plantel mencionado, el joven Jarquín se distinguió de manera tan notable, que mereció el honor de ser designado, como bequista por aquel departamento, para ingresar á la Escuela Normal de Institutores establecida en esta ciudad.

No obstante ser esa designación tan merecida, no fue enviado Jarquín á dicho establecimiento; se interpuso la envidia ó tal vez el interés que alguien tenía en que otro joven gozara de aquella gra-

cia. Pero el Cielo envió luego á Jarquín dos ángeles tutelares, en las personas de la virtuosa señora Nieves Rodríguez, su madrina de bautismo, y don Salvador Flores, quienes le protegieron eficazmente para que continuara su educación. Debido á este valioso apoyo pudo entrar aquel mismo año, cuando contaba diez y ocho de edad, al Colegio Nacional que existía en la ciudad de Usulután, donde bajo la dirección de los señores don Eugenio López y doctores don Venancio Blandón y don Manuel Chávez estudió todos los cursos correspondientes al grado de bachiller en Ciencias y Letras. Para verificar este se trasladó á esta ciudad, y obtuvo aquel título en la Universidad Nacional, previo el examen de ley, el 26 de febrero de 1882.

Terminados los estudios de enseñanza secundaria, y no llenando esto sólo los deseos de Jarquín, en lucha siempre con dificultades, se dedicó á la carrera de Jurisprudencia. No tuvo que vacilar en la elección de estudios profesionales; su vocación estaba ya determinada: con un corazón como el suyo, donde se albergaba el más puro sentimiento de justicia, con una aspiración inmensa como la suya, que sólo podía caber en los amplios horizontes que aquella carrera abre á la juventud, no habría dado á otra la preferencia.

El 27 de febrero de 1884, después de brillante examen, obtuvo Jarquín el grado de bachiller en Ciencias Políticas y Sociales; y el 24 de agosto de 1889 coronó su carrera científica, recibiendo el

diploma de doctor en Jurisprudencia, después de haber sostenido con lucimiento la Tesis que presentó á la Junta Directiva de la Facultad, sobre "El juicio por jurados". Esta es una de las mejores que de aquel año á esta fecha se han sometido á esta Corporación. Con los conocimientos y experiencia adquiridos en el desempeño del cargo de Fiscal del Jurado, pudo presentar un trabajo bien meditado y bien escrito sobre los vicios de que adolece entre nosotros esta institución. Dicha Tesis fue reproducida en las columnas de esta Revista, y mereció la honra de ser también insertada en las de "El Pabellón Salvadoreño", precedida de un artículo editorial en que se hacían justos elogios de tan importante trabajo.

El 5 de octubre del mismo año de 1889 la Corte Suprema de Justicia, previo el examen correspondiente, confirió á Jarquín el título de Abogado de los Tribunales de la República.

La madre de Jarquín no presencié los últimos triunfos de su hijo, pues falleció antes de que éste concluyera su carrera profesional, pero llevó acaso al sepulcro la satisfacción de dejarlo casi formado.

El 27 de febrero de 1890 Jarquín contrajo matrimonio, en la ciudad de San Vicente, con la simpática y virtuosa señorita Isabel Reyes, ángel que con su amor llenó de encantos su existencia, minada ya por penosa enfermedad.

* * *

Por el año de 1884 varios estu-

diantes de la Universidad fundamos una Sociedad denominada "La Discusión", con el fin de consagrarnos al estudio de las ciencias sociales y políticas. Casi por aquel mismo tiempo existió una simpática agrupación de jóvenes, conocida en el mundo literario con el nombre de "La Juventud", en la cual empezaron á formarse varios de los eximios literatos que hoy honran al país con sus producciones. No dejaré de mencionar otra Sociedad formada por varios jóvenes cursantes de Ciencias y Letras, que se llamaba "La Civilización", nombre que, si bien altisonante para una Corporación compuesta de principiantes, correspondía á las grandes aspiraciones que ellos abrigaban. Estas Sociedades, aunque de corta existencia, contribuyeron mucho á despertar entre nosotros el espíritu de asociación para la empresa noble y trascendente del perfeccionamiento intelectual y moral, por medio del cultivo de las ciencias y de las bellas letras; ellas fueron ensayos de otras que más tarde se fundarían con más elementos de vida y mejores condiciones de estabilidad, y que actualmente trabajan por que El Salvador, aunque por su poder material no obtenga primacía en el concierto de las naciones fuertes, alterne dignamente con las más cultas, por el poderío intelectual de sus hijos.

Jarquín fue socio fundador de "La Discusión", y sirvió el cargo de Secretario de aquella Corporación.

Fundada "La Juventud Salvadoreña" á principios del año de

1889, Jarquín fué uno de los primeros en incorporarse á ella como socio activo; y desempeñó, durante aquel año, los cargos de Fiscal de la Sociedad y miembro de la Comisión Redactora de esta Revista. Posteriormente, habiendo trasladado su residencia á otro departamento, se dispuso considerarlo como socio correspondiente, mientras permaneciera fuera de esta ciudad.

También perteneció Jarquín á una Sociedad Científico-Literaria que se estableció en la ciudad de Sonsonate, el año de 1891, tiempo en que tenía allá su residencia, y fue 1^{er} Vocal de la Junta Directiva de aquella Sociedad, la cual tuvo muy corta vida.

Como se ve, no había empresa de esta naturaleza que Jarquín no acogiera con grande entusiasmo. Era siempre uno de los primeros en afiliarse á sociedades que tuvieran por fin el progreso intelectual de su patria.

* * *

Con frecuencia vemos que de las clases más humildes salen jóvenes que á fuerza de trabajo y de constancia van subiendo los peldaños de la escala social, hasta llegar á los más altos. Nacen plebeyos y oscuros y el talento y las virtudes los elevan y ennoblecen. La aristocracia del talento está ya tanto ó más alta que las aristocracias del dinero y de la sangre, aun en naciones regidas por instituciones monárquicas, donde todavía tienen prestigio y esplendor los antiguos pergaminos de la nobleza.

El eminente prosista don Juan

Montalvo, gloria de América, muestra duques, condes y lores de Inglaterra que no vinieron al mundo con esos títulos nobiliarios, sino que los adquirieron por el cultivo de las ciencias y las artes y por los relevantes servicios prestados á la patria. De un taller de sastrería salió lord Craven; de una barbería, lord Tenterden; carbonero fué lord Eldon; un boticario fundó el ilustre condado de Northumberland; lord Chatham, el más gran ministro y más sublime orador que ha producido Inglaterra, honrado por sus contemporáneos con el dictado de *el gran pechero* y que al morir fue al panteón de los reyes—como dice Montalvo—Wellington, Herschell, Ricardo Foley, Roberto Peel, Hill, Claide, Ferguson y otros muchos varones insignes fueron plebeyos; salieron del estado llano para alternar con los príncipes de la sangre, quienes, por otra parte, no desdeñan el cultivo de la inteligencia y son, por lo general, sabios, filósofos, oradores y estadistas, fundando más su orgullo en esto que en los quilates de la sangre.

En las repúblicas de América no hay títulos nobiliarios para adornar á los hombres que se distinguen por sus méritos; pero hay sí para ellos admiración y consideraciones sociales y altos puestos públicos á que elevarlos.

Jornalero fue Horacio Rómulo Jarquín en los primeros años de su vida, y sus esfuerzos y su inteligencia lo colocaron en distinguida posición social; y más alto habría llegado, por sus méritos y servicios, si en tan temprana edad la

muerte no se hubiera interpuesto.

Veamos cuales fueron los servicios que á su patria prestó Jarquín. Desde como el año de 1883 vino desempeñando los siguientes puestos públicos: fue Tenedor de Libros de la Dirección General de Correos, Administrador de Rentas de Usulután, Fiscal 2º del Jurado de este departamento, y Juez de 1ª Instancia de Sensuntepeque, San Vicente y Sonsonate. Como Fiscal y como Juez, sus reglas constantes fueron la ley y la justicia. Merece especial mención su conducta como Fiscal.

Uno de los vicios de que adolece nuestra administración de justicia, por desgracia bastante generalizado, es el que cometen los fiscales ó acusadores públicos y los defensores de reos. Los primeros, creyendo que su misión es siempre la de acusar, se ensañan contra el procesado, por más que éste no aparezca culpable, y procuran convencerlo á todo trance del delito de que está indiciado, hasta obtener su condena. Los segundos tratan siempre de eximir de toda responsabilidad criminal á los delincuentes, no faltándoles recursos para eludir en favor de éstos el cumplimiento de las leyes penales; y son tanto más afamados tales defensores, tanto mejores criminalistas, cuanto más horrosos los delitos y cuanto mayor la perversidad de los criminales. Unos y otros causan con tales proceder graves males á la sociedad, desprestigian la administración de justicia y le quitan la augusta majestad de que debe estar investida.

Jarquín, como Fiscal, tenía conciencia de sus deberes y los sabía cumplir estrictamente. El no veía un delincuente en cada procesado, pues cuando aparecía que éste era inocente, abogaba por su absolución, como un buen defensor. Pero si caía bajo su jurisdicción un hecho punible, de esos que causan indignación y alarma en la sociedad, y descubría al criminal, entonces Jarquín era el verdadero representante de la sociedad ofendida, por cuyos fueros volvía, lanzando terrible acusación contra el trasgresor de las leyes y los sagrados derechos de la personalidad humana.

* *

Corta fue la vida de Horacio Rómulo Jarquín, pero meritoria, porque fue consagrada al bien. Sirva ella de modelo á la juventud, mientras descansa en la tumba el ciudadano distinguido por sus virtudes públicas y privadas.

EUSEBIO BRACAMONTE.

San Salvador, enero de 1894.

A MI MADRE.

(EN EL RETORNO.)

Te he vuelto á ver ¡oh, madre de mi vida!
Y me he sentido renacer al verte;
Pero al darme tu tierna despedida,
Con el alma transida
De angustia y de ansiedad, sentí la muerte!

* *

Porque jamás amor más infinito
Se profesó por madre más amante
A hijo más calumniado y más ahito
De odios, que él ha bendito
Porque le han hecho ser casi un gigante.

* *

Ahora, cada rencor fiero y cobarde
Que nos llenó de pena y amargura,
Puedo recompensarlo aun no muy tarde,
Sin hacer de ello alarde,
Con un lazo de amor ó una ventura.....

* *

Dios, que puso ternezas en mi seno,
Gracias á tu piedad que no abandono,
Dios ha querido que ya más sereno,
Les perdone de lleno
A aquellos que me hirieron con su encono.

* *

Mas no esperéis que desusado y flojo
Sienta el pesar que la existencia trunca:
Yo de mí al apartar ¡ay! tanto abrojo,
Tanta ira y tanto enojo,
Perdono, sí; pero no olvido nunca!

* *

Yo puedo perdonar porque me diste
Un corazón á la bondad despierto,
Y porque aquí en mi sér, que tú nutriste,
¡Oh, madre! no pusiste
Lo insano de las aguas del Mar Muerto!....

* *

Mas, ¿á qué recordar horas de duelo,
De rudo batallar, de horrible lucha?
Nos ha querido mucho, mucho el cielo,
Y aun colma nuestro anhelo,
Y aun nuestros ruegos íntimos escucha.

* *

Pasó la tempestad que rebramando
Turbó algún día nuestra dulce calma;
Y los dos yendo por el mundo amando,
Bendiciendo, adorando.....
¡Llevamos siempre á Dios dentro del alma!...

* *

Que me sirva tu amor siempre de escudo,
Y que el mío te sirva de consuelo:
Y si vuelve el dolor pérfido y rudo
A herirnos sordo y mudo,
Le ofreceremos nuestro amor al cielo.

* *

Y el cielo ha de aceptarlo porque unido
Irá al amor de la modesta esposa
Que arrulla de pasión aquí en mi nido,
Y que ama á su marido
Como éste te ama á tí sobre otra cosa.

* *

Mientras, no olvides mi filial cariño,
Ni el mágico poder que tu ternura
En mí ejerció desde cuando era niño,
Puro como el armiño

Y al par que tu tormento, tu ventura.

* * *

Madre entre todas cariñosa y santa,
Vive para mi fe que es infinita;
Y mientras tengo la ventura tanta
De oír tu voz que me acaricia y canta,
¡Sé mil veces bendita!

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

San Salvador, Diciembre 18—1893.

POESÍAS

DE ERNESTO Y ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

I.

Entre los jóvenes de la nueva generación literaria de Colombia, á cuya cabeza se halla hoy el inspirado Arciniegas, ocupan lugar de honor los dos poetas hermanos Ernesto y Adolfo León Gómez. Cultivadores ambos del género becqueriano, han producido rimas dignas del célebre melancólico de Sevilla.

En 1890, la casa editorial de M. Rivas & C^ª, de Bogotá, publicó en un solo volumen la colección de poesías de los León Gómez. No he tenido ocasión de ver nada de lo que la prensa dijera de tan precioso libro, y aun creo que los periódicos dejaron pasar inadvertido “ese volumen de cantos sentidos é ingenuos.” En cambio, los mismos periódicos que callaron ante tan fausto acontecimiento literario, han venido engalanando siempre sus columnas con los versos que ese libro contiene. Los nombres de sus autores son, pues, suficientemente conocidos en el mundo de las letras. Yo no había visto la

colección de sus poesías, y de los León Gómez había leído solamente lo que encontraba en los periódicos y revistas.

Hoy, debido á la amabilidad de uno de los Redactores de *El Ideal*, tengo el libro en mis manos, y su lectura me causa un verdadero placer.

Voy á decir cómo el nombre de Ernesto León Gómez me impresionó íntimamente desde la primera vez que lo oí.

Un día el poeta Juan Antonio Sánchez me había llevado á su casa de campo, allá en el Cauca, en el alegre tiempo de las vacaciones. Estaba allí también mi venerable maestro don Alcides Isaacs. Hablaban ellos de poesía, y yo, muchacho aficionado, escuchaba con sumo interés. El hermano del autor de *María* nos recitó con su dulce voz llena de notas, una de tantas poesías bellísimas, hijas de su ingenio, que él guarda, obstinado, de la vista del público, y que son, por lo mismo, desconocidas como es desconocido su talento, eclipsado tras el velo impenetrable de su modestia.

Sánchez leyó en seguida en el último número de *El Herald* de Bogotá, una de sus rimas encantadoras, y admirado Isaacs, exclamó:

— ¡Oh, esa es la verdadera poesía, la poesía del sentimiento! Y como si lo hiciera inconscientemente, dejó escapar de sus labios un torrente de versos como una música divina. Escuchábamos asombrados, y yo ví la admiración pintada en todas las facciones de mi amigo Sánchez. Yo

gozaba interiormente de una manera indescriptible.

—Y el autor? pregunté con timidez, concluida la recitación.

Entonces oí por primera vez este nombre:

—Ernesto León Gómez.

Y de tal manera se fijó en mi memoria y en mi corazón, que no pude olvidarlo un momento.

Después, cuando ya conocí también á Adolfo, todo lo que tenía la firma LEÓN GÓMEZ, era mi lectura predilecta. Y hoy tengo aquí su libro, el libro de dos almas gemelas cuyos suspiros se convirtieron en estrofas; dos espirales de incienso perfumado, que al ascender se juntan, y llegan confundidas al cielo del arte.

II.

La obra está dividida en dos partes. La primera comprende cuarenta y dos composiciones de Ernesto; la segunda, cincuenta y dos, escritas por Adolfo. Hay unas pocas traducciones en todo el volumen.

Las poesías casi todas son cortas. Se nota que Bécquer y Heine han ejercido poderosa influencia en el ánimo de los dos hermanos. Sin imitar, por otra parte, sino muy raramente, á aquellos autores, han adoptado la forma de sus versos; y empapados en la esencia de su poesía, han logrado, como ellos, condensar las ideas y encerrarlas en moldes estrechos pero artísticos. Así debe escribirse hoy, cuando se escriba en verso, para ser leído. Las composiciones muy largas fastidian y cansan, y á veces sucede que, vista su extensión, se lee

sólo el título y el nombre del autor, y la mirada pasa indiferente por la interminable sucesión de versos. De los León Gómez, el que escribe más corto es Adolfo; de aquí que en un mismo número de páginas, tenga él diez composiciones más que su hermano. Los versos asonantes predominan en toda la obra, y ambos autores manejan con facilidad la versificación. No faltan algunos versos duros, pero estos son muy pocos.

Veamos ahora el fondo.

La poesía de Ernesto, como algunas personas lo han hecho notar antes que yo, se resume en estas dos estrofas:

Varias veces me han dicho que mis cantos
Tienen el tinte de las hojas secas,
Y algo como la huella de las lágrimas,
Algo como la sombra de las penas.

Es porque los recojo uno por uno
A orillas de las fuentes y en las selvas;
Es porque los aprendo en la mirada
De almas que viven para siempre enfermas.

Dijo bien el poeta. Yo creo además, que de esas almas enfermas de que él habla, fué la suya la que le enseñó sus mejores cantos. Ella estaba más enferma que ninguna; herida de muerte, agonizaba sin remedio.

A través de sus versos se ve el luto de un amor desgraciado. El amor feliz no escribió en este libro sino dos composiciones: las tituladas "A....", y "Después del baile." Luego, una separación, que el poeta pinta así:

Se colgó de mi cuello sollozando,
Me habló de la constancia
Y añadió con misterio: "Si me olvidas
Yo sabré recordarte cómo se ama:

Conseguiré que mi llorosa imagen,
Salvando la distancia,

Siga tus pasos, y doquier te halles
Mezcle á tu dicha mis ardientes lágrimas”.

Así los dos se separaron amándose, y amándose vivían lejos el uno del otro, sin que pudieran reunirse otra vez. Y agrega el poeta:

Después de aquel amor, otros amores
Han ocupado mi alma,
Mas, siempre, siempre, silenciosa, triste,
Su sombra llega, los extingue y pasa.

Miramientos sociales, que nunca faltan, fueron quizá la causa de esa separación. Así, al menos, lo dejan comprender estos versos:

Por extinguir la llama abrasadora
Que el cariño encendió,
Nuestros dos corazones separaron,
Colocando un abismo entre los dos

Y *ella*,

aferrada al árbol del deber,

y él,

Apoyado en las rocas del honor,

apenas podían verse del uno al otro lado del abismo.

Después, todo es triste. El poeta empieza á amar el cementerio, y los sepulcros lo atraen con una fuerza irresistible. Vuelve, como René melancólico, “á buscar lágrimas y recuerdos” en los lugares que amó antes; y visitando el jardín que con su amada recorrió

En la hermosa estación de los amores
ve que las azucenas enternecidas

Tristemente plegaban sus corolas
Y viéndolo llorar también lloraban.

Así, el enfermo del alma se hace la ilusión de que todo participa de su dolor, y observa que

también las estrellas, que saben que está enfermo “del mal de los recuerdos”, apartando su velo nebuloso, lo contemplan tristemente,

Y al ver que llora, lloran en silencio.

Después de este verso aparece la composición que voy á copiar íntegra:

CANSADOS!.....

Cavaban y cavaban los espectros
Del cementerio en el desierto campo;
Acerqueme y les dije:—¿Qué os afana?
Tiempo hace ya que media noche han dado.

—Fabricamos la tumba, respondieron,
Para dos seres que cual nadie amaron,
Que teniendo dos almas que eran una,
Jamás unidos se encontraron ambos.

—¿El nombre de ella?—dije, y los espectros
Tu inolvidable nombre murmuraron;
Y replíqueme yo:—¡Cavad más pronto
Que el viaje de los dos es ya muy largo!

En efecto, poco tiempo después, el sepulcro recibió en su seno al cantor desgraciado. Hoy las brisas de mi Patria murmuran sus versos en torno de su tumba.

Adolfo dice en la corona fúnebre de Ernesto: “tuvimos unas mismas esperanzas y aspiraciones, probadas por unos mismos desengaños.” Que esto es cierto, puede comprenderse leyendo su libro. En la poesía de los dos hermanos, la nota dominante es la del desencanto y el dolor.

Adolfo ríe á veces; pero su risa es esa risa amarga empapada de lágrimas; es un relámpago lejano que ilumina una nube. Un gran desengaño, cuya sombra se ve pasar á través de sus versos, hirió su corazón; por esa herida penetró el frío de la duda, y el poeta no volvió á creer en el amor ni en la amistad. Este estado de

su alma está pintado en los versos que llevan por título: *En qué crees?*, que concluyen así:

Mostrando aquí mi corazón enfermo
Y el cementerio allá,

—Creo en el desengaño, contestéle,
Y en el eterno olvido. ¿A qué creer más?

La composición titulada *La Amistad* es del mismo género. Copio el principio:

—Detente, Amistad, detente,

—Voy de prisa, voy de paso:

En un banquete me esperan
Tiempo hace, los convidados.

—Escucha, Amistad, aguarda,
Entra á descansar un rato.

—¡Sí que hace frío en tu puerta,
Sí que está tu rostro pálido!

¡Es tan triste tu morada
Como el triste desengaño!

Por temor de que resulte muy largo este escrito, no transcribo íntegra esta poesía, que es de las mejores del libro.

III.

En todo el volumen hay verdaderas obras de arte en que palpita el sentimiento como palpita el corazón. Hay poesías que parecen escritas por el mismo Bécquer, como las tituladas *Tu nombre* y *A solas*, de la primera y la segunda parte, respectivamente.

Adolfo maneja el romance con gran maestría; los versos se suceden con una encantadora facilidad. Prueba de esto son sus poesías *La Amistad*, *El sueño* y *Despedida*. Si me pusiera á enumerar las composiciones más notables del libro, tendría que nombrarías casi todas. De la pluma de Ernesto, aparecerían, entre otras, *Tristezas*, *Un negocio*, *Des-*

pués del baile, *Ensueños*. De Adolfo, *La Cuna y el Ataúd*, *Despedida*, ¡*Amor mío!* Por ser muy corta, voy á copiar la siguiente:

EL ENFERMO.

Dudando de su afecto y de mi dicha,
Ante aquella que causa mis desvelos,
Reía del amor de las mujeres
Y proclamaba la constancia un sueño

Entonces ella colocó la mano,
Mostrando el corazón, sobre su pecho:
—Que no te oiga, me dijo con ternura:
¡Habla más paso porque aquí hay enfermo

En un volumen de versos no faltan coincidencias que resultan á veces como imitaciones. En la obra de los León Gómez hay, pues, algunas, que no pueden pasarse inadvertidas.

En la parte de Ernesto, he hallado las siguientes:

De repente esos ojos se nublaron
Sentí ruido de alas,
Y luego ví que un niño cariñoso
Nuestras manos juntaba—,

que es la misma idea, quizá mejorada, que expresa Heine así:

Cuando el matinal arbor
Brilló alegre y placentero,
Vimos con mudo estupor
Sentado otro pasajero
Entre los dos: el Amor. (1)

En otra parte dice Ernesto:

Unos con su cariño, otros con su odio;
Los más sin intención,
Las ilusiones puras marchitaron,
Que en nuestras almas cultivó el amor.

y Heine dice:

Me han atormentado el alma,
Me han descolorido el rostro,

[1] Traducción de T. Llorente.

Los unos con su cariño,
Con sus rencores los otros. (2)

La composición *Siempre* parece inspirada por la *María* de Manuel M. Flores; tan marcada es la coincidencia que encuentro entre las dos: en la forma, en la extensión, en la idea desarrollada, casi hasta en los epítetos. No quiero pensar siquiera que ha habido imitación; voy á llamar esto "analogía." En la misma composición de que me ocupo (*Siempre*) encuentro en dos pasajes distintos una misma imagen:

Tal como el ave fatigada, herida,
Vuelve á su hogar, pasada la tormenta,
Después de las borrascas de la vida,
Busca mi alma su santa prometida.

y más adelante:

Tal como el ave herida, fatigada,
Después de la borrasca emprende el vuelo,
Y en torno de la encina destrozada
Busca el caliente nido,
Ansiosa de reposo y de consuelo,
Después del huracán de los dolores,
Busca el alma la paz de sus amores.

El soneto *A mi Patria* empieza así:

Yo, soñador oscuro de la gloria—,
y entre los versos, *A Emilio Antonio Escobar*, se encuentra éste:

Yo, de la gloria soñador oscuro.

Adolfo también tiene en sus poesías algunos pequeños descuidos de este género. La poesía *Última luz*, bellísima por cierto, encierra en su final la misma idea desarrollada en la composición *Para entonces*. La titulada *Nuestros nombres* me recuerda una de Peza que lleva por título *El nom-*

bre, y también una muy conocida: *Tu nombre*, de Rafael Tamayo. Además de las que cito, recuerdo haber visto otras sobre el mismo tema. La de Adolfo empieza así:

Sobre la arena grabó mi nombre
Y leve viento lo arrebató.

De la de Peza recuerdo los siguientes versos:

En el tosco peñón que desafía
Las iras de la mar,
Con agudo burlil la mano mía
Fue ese nombre á grabar.

Pero de todas las que he visto parecidas, ninguna tan bella como la de Tamayo, cuya primera estrofa dice:

Al tibio rayo de la casta luna
Que las dormidas ondas blanqueaba,
Escribió mi bastón de peregrino
Su nombre en las arenas de la playa.

En una imitación de Heine ha estado Adolfo felicísimo. Por no prolongar más estas líneas, no me detengo en ella.

IV.

Las pequeñas faltas que he apuntado, si así pueden llamarse, son débiles sombras que desaparecen al brillo purísimo que hay en toda la obra.

Un amigo mío que sabe mucho de versos, leía conmigo este libro precioso. Terminada la lectura, le pregunté:

—Cuál de los dos hermanos te parece mejor?

Y después de una corta meditación, hallé en sus labios por única respuesta una sonrisa, sonrisa que quería decir:

—Los dos!

Yo, á través del espacio, envió
para Adolfo mi humilde aplauso;
y que reciba Ernesto el homena-
je de mi admiración como una
flor que coloco en su tumba.

ISAÍAS GAMBOA H.

San Salvador, enero, 1894.

A una mujer.

¿Por qué inclemente y desdenosa olvidas
Al que te adora con delirio tanto?
¿Por qué sus ilusiones más queridas
Conviertes en dolor, tristeza y llanto?

Jamás pensé que tu me olvidarías.
Y me conté entre los felices yo;
Pero ya la ventura de esos días
En mi pecho infeliz se marchitó.

Hoy solitario mi desgracia lloro
Y no ceso un instante de sufrir;
Ya esta amarga existencia la deploro
Al pensar en mi triste porvenir.

¿Por qué me amaste? Dí ¿por qué me olvidas?
¿Qué tormentos, responde, te he causado?
¿No sabes que daría yo mil vidas
Por mirarte contenta y á mi lado?

Cual tórtola que sufre tristemente
Por que pierde á su dueño tan querido,
Sufro también, ingrata, amargamente
Porque tú eras mi dueño y te he perdido!

Por doquiera que vaya encuentro sombras
Y tu imagen me sigue por doquier;
Voy pisando de espinas mil alfombras....
¡Ya se ha extinguido para mí el placer!

¡Cuán dichoso me hiciste al prometerme
Que siempre con delirio me amarías!....
Lograste al fin desventurado hacerme
Con promesas que sólo eran falsías!

La vida ahora para mí no tiene
Sinó momentos de amargura horribles:
Pasa la dicha, el desengaño viene,
Y con él los dolores más terribles.

¿Qué ha sido del precioso juramento
Que aquella noche hiciste apasionada?
Pasó ligero, como pasa el viento,
Quedó cual humo, convertido en nada!

¿Por qué jurar que siempre me amarías?
¿Por qué llenarme de esperanzas vanas?
Piensa en mis largos é infelices días
Cuando oigas el doblar de las campanas!

Paso las noches cual los días paso
Sin poder mis pesares olvidar;
¿Por qué cuando me diste aquel abrazo?
No me hicistes ¡oh pérfida! espirar?

Yo te adoro! exclamaste, y no pensé
Que serías veleta en mi ventura;
Y yo ¡insensato! con fervor te amé
Y te amo cada vez con más ternura!

Que aunque tu me aborrezcas yo te adoro
Y aunque sufra por tí no te maldigo:
¡Mujer ingrata por quien tanto lloro,
Engañosa mujer, yo te bendigo!

Tuya soy, me dijiste, y no eres mía,
Tuya soy, y me olvidas ¡ay de mí!
¡Cuán larga y dolorosa es mi agonía!
¡Vivo muriendo porque pienso en tí!

Yo era el sér más feliz del universo
Creuyendo que tu amor sería eterno;
Pero ahora que el hado me es adverso
Vivo en el mundo como en un infierno!

Quiero morir para que mi alma pueda
Librarse de un tormento tan profundo,
Exclamando ¡infeliz! con Espronceda:
Que haya un cadáver más ¿que importa al mundo!

Volaron ya mis plácidas venturas,
Ya en la tierra perdí toda ilusión,
Y hoy que vivo entre sombras y amarguras
Ven ¡ingrata! á arrancarme el corazón!

No vaciles, tu mano despiadada
No podría aumentar mi desventura:

La hoja seca es del árbol arrancada
Porque en ella no hay savia ni verdura!

¿Fuiste dichosa con trocar mi suerte?
¿Por qué me hiciste desgraciado, dí?
Yo llamo á veces con furor la muerte,
Pero ¡ay! la muerte se parece á tí!

Gózate ¡ingrata! en mi feroz tormento,
A este mundo he venido á padecer;
Pero en medio de tanto sufrimiento
Te perdono: que al fin eres mujer!

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador.

TRISTEZAS.

Siento en mi alma tempestades que ensombrecen, que matan cuando no se resuelven en ira tremenda. Siento que una mano fría é invisible me toca, y me estremezco lleno de horror. La sangre no me corre, ó la siento helada. Soy como una figura de la materia inerte, ó me muevo á impulsos extraños. Dudo de la vida, y tiemblo cuando despierto del sueño que me abrumba y me acerca á las puertas del abismo..... Camino por el sendero que todos siguen, á veces sin sentirlo, sin voluntad propia, empujado por la fatalidad. . . . Soy creyente, pienso en Dios, quiero la felicidad, la persigo con incansable anhelo y sólo encuentro por doquiera abrojos, miserias ¿Á dónde llegaré? Voy perdido quizás; navego en mar de tinieblas. Yo no sé á dónde me llevará el destino porque no veo. Mis ojos se deslumbran en la claridad y quedan ciegos. Aun en medio de la luz veo obscuro, no distingo rumbo

alguno. Soy como el ave que ha perdido el nido y el bosque y vaga en el desierto triste y sin consuelo, agobiada por el hambre y por la sed y sintiendo á cada instante que sucumbe bajo las espantosas tormentas de arena. Prosigo la marcha, pero la orilla está lejos. Caigo rendido de fatiga, desfallezco. . . . hago un esfuerzo supremo, vuelvo á emprender mi camino, desesperado, y á poco quedo envuelto en la sombra. . . . ¿Será la noche eterna? No lo sé ni podré adivinarlo porque no pienso sino que deliro. Tal vez la noche del delirio, de la inquietud, de la duda que envenena el corazón y hace odiar la vida. . . . Palpo la desgracia, me ahogo en la impotencia, los tumbo que levanta el huracán enfurecido me sepultan cada vez que quiero investigar la causa de mi agitación terrible, inexplicable. . . . ¿Amanecerá? ¿Veré la luz? ¡Quién sabe! Dudo y es la duda fiebre mortal que destruye mi existencia poco á poco, sin piedad. Busco desatinado un medio salvador y no lo encuentro; lo pido con vehemencia, á gritos, por misericordia, y nadie me oye, todo ensordece á mi alrededor; mis clamores se pierden en el espacio y sólo resuenan á lo lejos como ecos cavernosos cuando se estrellan en la roca formidable del infortunio. . . . ¡Infortunio! ¡Oh palabra fatal!, al pronunciarte mi espíritu vuelve del letargo sinietro en que yacía; mis mejillas se bañan de lágrimas, levanto la frente afligida, veo la luz al través de los espesos cristales de agua que empañan mis ojos, recobro la per-

dida calma y me sumerjo en el mar profundo de las ideas para contemplar el nebuloso horizonte de mi vida. Sí, está obscuro y estrecho; mis pensamientos no lo traspasan. Pero ¿qué hice para que así el mísero destino me hunda en el caos? Medito en vano sobre la causa; en el silencio de la callada noche desciendo al fondo de mi conciencia, la interrogo frenético, y nada consigo. Y ese ceño frío que ofusca mi serenidad; ese mutismo absoluto que desoye mis tristes quejas y desdeña mis acentos de dolor y de súplica y rechaza mis miradas con soberbia; ese mutismo cruel turba mis sueños, aleja mis esperanzas, me hiere el corazón en la fibra más delicada, casi casi destruye toda mi fe. Sí, la desesperación es una tormenta que azota el alma con sacudidas de cataclismo. Yo estoy desesperado; siento en mi espíritu esas recias sacudidas y temo consumirme en sus tremendos arrebatos.... El sol divino de mi esperanza está oculto, y de entre las densas brumas de la duda en que gira mi pensamiento, veo levantarse fantasmas pavorosos, monstruos de la sombra, y aterrado por la fiereza de esas figuras del infierno, mi alma, ¡oh Gran Creador!, mi alma eleva á Tí humilde prez para que con tu omnipotente brazo me salves del negro precipicio en que me hundo y me devuelvas á la luz!!

ALONSO REYES G.

San Salvador, noviembre 24 de 1893.

A Salvador Díaz Mirón.

[Para "La Juventud Salvadoreña"].

Quizás el eco de los cantos míos,
vaya á morir á tus hermosos lares:
no van los mares á buscar los ríos,
los ríos salen á buscar los mares.

Se descubre, y se inclina á saludarte,
un humilde poeta que te admira:
no te voy á cantar, para cantarte
tendría que ir á mendigar tu lira.

Escalar el espacio fue tu anhelo,
y vagar de horizonte en horizonte:
¡has descubierto el monte desde el cielo,
has sondeado el abismo desde el monte!

Cansado de viajar por los espacios,
has buscado otro campo á tus hazañas:
tu musa se ha embriagado en los palacios
y después ha cantado en las cabañas.

Campeón de las sagradas libertades,
al compás del cantar de Víctor Hugo,
has dicho: las humanas tempestades
las calma un redentor y no un verdugo!

Como el flujo y reflujo de la suerte
no miras de la sima, tu guarida,
compones el poema de la muerte,
repetiendo el poema de la vida.

Tú no lloras, del llanto has hecho mofa;
amas, y del amor niegas el culto;
engastas tu ambición en una estrofa,
y cambias un desdén por un insulto.

Á la mansión de Llona vas, airado,
á humillar su altivez con un reproche,
como un Dios mitológico: sentado
en el carro de brumas de la noche!

Siempre grande y feliz siempre espontáneo
tu pensamiento, en alas de tu idea,
por la cumbre sin nubes de tu cráneo,
como águila caudal revolotea!

Escalar el espacio fue tu anhelo,
y vagar de horizonte en horizonte:
¡has descubierto el monte desde el cielo,
has sondeado el abismo desde el monte!

Domingo Martínez Luján.

Lima,—1892

JULIAN DEL CASAL.

El 24 del pasado octubre exhaló el último aliento, “devorado por la tisis”, en la ciudad de la Habana, el notable poeta Julián del Casal. Ha muerto demasiado joven el hijo de las musas, y esto ha sido un doble motivo para que fuera más llorada su temprana muerte. Su entierro estuvo concurridísimo: la admiración y el cariño depositaron su ofrenda de duelo sobre el féretro que encerraba los despojos mortales del infortunado poeta. Su ataúd fue conducido á su última morada, repleto de coronas, en desquite acaso de las muchas que se le esquivaran en vida. Precisamente se estaba imprimiendo, cuando ocurrió la muerte de Casal, un nuevo libro de versos suyos, que llevará el título de *Bustos y Rimas*, y que, al decir de un peñiódico, es un legado de gran valor.

El brillante escritor José Martí, le ha dedicado al autor de *Hojas al Viento* y *de Nieve*, en un artículo necrológico, hermosísimos párrafos, de los que tomamos éstos:

“De la beldad vivía prendada su alma; del cristal tallado y de la levedad japonesa; del color del ajeno y de las rosas del jardín; de mujeres de perla, con ornamentos de plata labrada; y él, como Cellini, ponía en un salero á Júpiter. Aborrecía lo falso y pomposo. Murió, de su cuerpo endeble, ó del pe-

sar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deformado. De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso é innecesario, con que los orifices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria. En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aun poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y lo ordenado de la vida, odiosa á veces por la brutalidad con que suelen afearla la venganza y la codicia. El sello de la grandeza es ese triunfo. De Antonio Pérez, es esta verdad: “Sólo los grandes estómagos digieren veneno.”

Por toda nuestra América era Julián del Casal muy conocido y amado, y ya se oirán los elogios y las tristezas. Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso á la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal, y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo,

como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble ó graciosa.—Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. Y luego, había otra razón para que lo amasen; y fué que la poesía doliente y caprichosa que le vino de Francia con rima excelsa, paró por ser en él la expresión natural del poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta ó confesa de la general humillación trae á todo el mundo como acorralado, ó como antifaz, sin gusto ni poder para la franqueza y las gracias del alma. La poesía vive de honra.”

Por su nervioso temperamento literario, pertenecía Casal á la escuela decadente. Su vida tempestuosa, en la que asoman la cabeza como náufragos los sueños castos de su alma, las rotas esperanzas de su juventud, sus destrozados ideales de artista, necesitaba, para apagar la fiebre que á la continua lo consumía, de calmar su sed en ese vaso emponzoñado cuyos bordes ornan las *flores del mal*. Era un hermoso talento, enfermo de la incurable enfermedad que la ciencia moderna ha designado con el nombre de “neurosis”. Las cumbres del ideal lo atraían con sus embelesantes lejanías, pero, quebradas las alas de ángel de su musa, se quedaba clavado en medio del jardín anémico de la escuela literaria que lo contaba entre sus devotos más fervientes. Entonces era cuando un viento de blasfemia soplaba sobre su cabeza de descarriado, hiriendo lígubrementemente las cuerdas de su lira y arracándole de lo más hondo del alma, alaridos desesperantes, gritos de rabia, ironías que chorrean sangre. El mundo artificial en que vivía encerrado, sin

querer salir de él, como un cenobita en la soledad de su celda, lo hizo errar de rumbo en sus anhelos artísticos.

Enamorado de lo plástico, se dedicó, á semejanza de un orifice oriental, á la fabricación de dijes primorosos en que los rubíes tiemblan como gotas de sangre virgen y los brillantes centellean como rocío cristalizado; pero, joyas al fin, carecen de alma, les hace falta el soplo tibio y perfumado del ideal. Dio, como todos los de su escuela, en la manía del *japonismo*. El arte nipón, con sus fantásticas florecencias, lo embelesaba, y presa de una intuición maravillosa, se recreaba empapándose en el ambiente artístico del Japón. De ahí que con su lápiz de paisajista, trazara las más lindas miniaturas niponas que se han escrito en castellano.

Educado por su madre en una atmósfera de misticismo, y contando entre sus ascendientes con un Gerarca de la Iglesia Católica en España, y entre sus antepasados con una histérica, que fue célebre por las exaltaciones de su iluminismo, Casal tenía que participar de esa herencia morbosa, y que al entrar en la vida social moderna, tocado de cerca por la mano fría y descarnada de la miseria, se tornara escéptico y se perdiera en los negros matorrales del materialismo. Contribuyó á esto grandemente, si hay que creer lo que dice uno de sus críticos, que Casal, huérfano y pobre, en el principio de la juventud, al dar el primer paso de la vida mundana, fuera para ser “la víctima propiciatoria de una estatua de carne,” y que su primera pasión, “en vez de ser la ofrenda inmaculada á una virgen ideal y pudorosa, fuera el desenfreno de un cenobita que saliese de su maceración y su abstinencia.”

cia, para caer en los aturdimientos de una orgía.”

Duele en el alma que tan brillante talento se haya extraviado de ideales: mejor dicho, que los haya roto con mano nerviosa contra el cristal de Bohemia de una copa de Champagne; y este dolor se acentúa más en presencia de las preciosas muestras poéticas que de él nos han quedado, en que la forma pura de los versos se une en armonioso consorcio con la delicadeza, originalidad y brillantez de imágenes.

De todas maneras, la muerte de Julián del Casal, es una verdadera pérdida para las letras de Hispano América.

VICENTE ACOSTA.

Romance.

Pasé abatido una tarde
 Por junto al sepulturero
 —¿No hay una tumba, le dije,
 Para enterrar los recuerdos?
 — Muchos años, contestóme,
 Hace que entierro á los muertos:
 Trémulas tengo las manos
 Y ya blancos los cabellos,
 Y sin embargo no he hallado
 Jamás un sepulcro abierto
 Do poder mis desventuras
 Enterrar con los recuerdos.

Seguí luego, y suspirando
 Le pregunté al carcelero:
 —¿No hay para tristes memorias
 Algún antro de silencio,
 Alguna prisión profunda
 Algún insalvable encierro?
 —Oíd, contestó mostrando
 Los calabozos siniestros
 De do brotaban sollozos,
 Maldiciones y lamentos,
 No hay una cárcel segura
 Donde haya paz y silencio

Puesto que en todas se guarda
 Memoria y remordimiento.
 Me alejé con mi tristeza
 Como en negro manto envuelto,
 Y pronto llegué al asilo
 Donde vegetan aquellos
 Pobres séres desgraciados
 De lo inmaterial enfermos,
 Que tienen hielo en la mente
 Y sombras en el cerebro
 Y el alma decapitada
 Van llevando sin saberlo.
 Al escuchar allí risas
 Que semejaban lamentos
 Y canciones con cadencia
 De infinito desconsuelo,
 Dónde estaba saber quise,
 Y un hombre, casi un espectro,
 Mostrándome el Manicomio
 Me dijo con grave acento:
 —La tumba de la memoria,
 La cárcel de los recuerdos.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

[Colombiano.]

CLÁSICA.

Tu voz en alas de la suave brisa
 Es perfumado acento,
 Y en tu mirada angelical pareces
 La casta virgen de oriental ensueño.

*

Tu paso leve, de torcaz sencilla
 Y el latir de tu inocente pecho,
 Las notas son que forman de tu alma
 El divino concierto.

I. ZELAYA.

REGLAMENTO DE LA BIBLIOTECA

DE LA SOCIEDAD

"LA JUVENTUD SALVADOREÑA".

CAPÍTULO I.

De la Biblioteca.

Art. 1. — La Biblioteca de la Sociedad tiene por objeto proporcionar á los socios las ventajas que reportan instituciones de su género.

Art. 2. — La Biblioteca se formará:

1º De los libros y colecciones existentes hasta el primero de enero del corriente año;

2º De la contribución impuesta á los socios en sesión de 18 de diciembre anterior;

3º De los donativos extraordinarios que se hagan á la Sociedad;

4º De las obras que se obsequien á la redacción del periódico;

5º De las obras que la Junta Directiva determine comprar;

6º De los donativos que trimestralmente están obligados á hacer los socios; y

7º De los canjes de la Juventud Salvadoreña.

Art. 3. — El gobierno de la Biblioteca estará á cargo de un Bibliotecario, que será nombrado por la Junta Directiva cada seis meses, pudiendo ser reelecto.

CAPÍTULO II.

Del Bibliotecario.

Art. 4. — Son obligaciones del Bibliotecario:

1ª Velar por el exacto cumplimiento del presente reglamento;

2ª Procurar por cuantos medios estén á su alcance la adqui-

sición de obras de reconocido mérito;

3ª Coleccionar los mejores periódicos que La Juventud reciba en canje;

4ª Formar el catálogo alfabético de las obras existentes y de las que vayan ingresando;

5ª Establecer relaciones con los más acreditados libreros y editores;

6ª Pasar á la comisión redactora del periódico las obras que reciba, para el respectivo juicio crítico;

7ª Abrir la Biblioteca los días martes y sábado, de 7 á 9 de la noche.

CAPÍTULO III

Disposiciones generales.

Art. 5.—En caso de disolución de la Sociedad, los libros donados serán devueltos á sus respectivos dueños. El socio que se separare por renuncia que le sea admitida por la Junta General, tendrá derecho á las obras que le hubiere donado; pero nunca cuando la separación sea de hecho ó por expulsión.

Art. 6. — La Junta Directiva tiene derecho de aceptar ó rechazar las obras que donen los socios, en conformidad al número 6 del artículo 2, y el de separar de la Biblioteca las remitidas por otras personas, y que, á su juicio, fueren inmorales.

Art. 7.—El Bibliotecario llevará dos libros: uno para apuntar la fecha en que se done una obra, el nombre de ésta y el del donante; y otro para asentar la fecha en que se presta un libro, el título de éste, el nombre del lector y

la fecha en que se devuelva.

Art. 8. — Ningún lector podrá tener en su poder, por más de quince días, un mismo volumen.

Art. 9. — Las personas que obsequien una ó más obras, tendrán derecho á que se les faciliten éstas con las mismas condiciones que á los socios.

San Salvador, enero 15 de 1893.

Fué aprobado el anterior Reglamento en Junta General, celebrada en los días 15 de enero y 19 de febrero de 1893.

NOTAS.

Medicina y Literatura.

PSÍQUICAS.

La escuela psíquica se gloria de haber tenido por jefe á Mr. Charcot. Se alaba también de no haber muerto con él.

Hay muchas restricciones que hacer sobre el primer punto. M. Charcot era un gran sabio, cuyas huellas serán imborrables, que tuvo benevolencia para con la escuela psíquica y deseos de conocer sus rarezas. En cuanto al tiempo que dure esa escuela, á pesar de la pérdida inmensa que sus adeptos acaban de hacer, no está siquiera amenazada en su existencia. Siempre ha habido, y siempre habrá en la ciencia una tienda de baratillo.

No digo eso con desdén. Mesmer, que era un impostor, fue sin embargo un hombre de talento. Los convulsionarios eran enfermos; pero, fuera de sus accesos, eran, en su mayor parte, personas estimables, aunque histéricas. Hasta en materias religiosas, el fanatismo vale

muy mucho la pena de ser estudiado. No se conoce la naturaleza si no se la conoce por sus lados ridículos.

Sin duda, le es difícil á un hombre de buen sentido tomar por lo serio á las gentes que creen en las mesas que dan vueltas, que se comunican con los espíritus, que golpean, que ven con el vientre ó al través de las vendas más tupidas. Sin embargo, en las épocas de epidemia psíquica, siempre se citan algunos espíritus eminentes entre los engañados. He visto con mis propios ojos á un miembro del Instituto, muy conocido por su vida laboriosa y sus observaciones delicadas, sentado durante una hora al rededor de una mesa con la esperanza de entrar en comunicación con Franklin. Había escogido á Franklin, decía, á causa de su *altruismo*. (¡Diantre de palabra!) Víctor Hugo fué adepto convencido de la señorita Pigeaire. “La llevaron á mi casa, decía. Hizo en mi presencia varios experimentos que tuvieron completo buen éxito. Quise quitarme yo mismo toda ocasión y toda posibilidad de duda. Salí de mi salón; entré solo en mi gabinete; cerré cuidadosamente la puerta. Escribí en un pedazo de papel blanco en caracteres griegos la palabra *anagké*. Doblé la hoja en cuatro. La puse en una gruesa hoja de papel gris que doblé cuatro veces. Volví á entrar. Sujeté yo mismo la venda de la señorita Pigeaire. Coloqué encima mi voluminoso paquete y apreté todo con una segunda venda. Declaro que el sujeto estaba sumergido en la obscuridad más completa. No sabía el griego. Vaciló mucho tiempo; hizo evidentemente un gran esfuerzo, y, finalmente, articuló la palabra de una manera muy precisa, con gran sorpresa de todas las personas que nos encontrábamos presentes”. No digo que

el testimonio de Víctor Hugo deba convencer á los más incrédulos, pero á los más crédulos los absuelve del reproche de ser unos imbéciles. Y recordad que la señorita Pigeaire se presentó á la Academia de Ciencias para que la examinara. La Academia no creyó, pero vio, y si impostura hubo, no la pudo adivinar.

Fenómeno de mayor gravedad que la inversión de los sentidos sería la inversión de las voluntades, si fuera comprobada. Que la señorita Pigeaire vea sin el auxilio de sus ojos es ciertamente una aventura muy sorprendente y que puede producir consecuencias no menos extrañas. Pero M. Liégeois, discípulo de M. Bernheim, refiere en un bastante voluminoso libro, lleno todo de hechos, entre otros éste:

El operador se encuentra en un vagón. Ve á una señora joven que le parece propia para hacer un sujeto. Su voluntad, por un enérgico esfuerzo, se sustituye á la voluntad de la joven señora hasta el punto de hacerse dueña de sus facultades y de sus actos. Es evidentemente una situación análoga á la de los poseídos de la edad media, de donde resultase dicho de paso, que, si M. Bernheim y M. Liégeois tienen razón, hay que rehacer la historia de los exorcismos. La dama *poseída* que hemos dejado en el vagón y que se ve obligada á hacer y á creer todo lo que el operador le prescribe, le hundiría un puñal en el pecho á su vecino si recibiera de aquél orden de hundírselo. Tan sólo se le ordena firmar la aceptación para época cercana, de una deuda que asciende á cantidad mayor que cuanto posee. Firma, olvida, vuelve en sí, sigue viaje é ignora absolutamente, al bajar del vagón; lo que en él

pasó. En el momento fijado en la letra de cambio, el ujier se presenta. En el acto entra en escena el operador; de nuevo se apodera de su víctima y vuelve á tomar posesión de todo lo que constituye su *yo* psicológico. La pobre mujer reconoce la deuda, corre como loca donde su notario, considera deber suyo despojarse de todo lo que posee, é implora con lágrimas una moratoria por lo que le falta por pagar. Como se comprenderá, no se llegó hasta ejecutarla; demasiado se la había torturado ya! Siquiera, salió librada con sólo el miedo; pero suponed, en vez de un sabio que hace un experimento, á un ladrón que da un golpe, ó á un depravado que quiere cometer una violación, y ved lo que viene á ser, en tales hipótesis, la sociedad humana.

Es imposible dudar de la buena fe de M. Liégeois; la lucidez de su espíritu está igualmente fuera de duda. Es profesor en Nancy. Allí se encuentra el centro de la escuela psíquica, cuyo verdadero jefe es otro sabio distinguido, el profesor Bernheim. Podría citar otros nombres y otros libros; pero no quiero sino hacer constar la existencia de lo que podría llamarse continuación del mesmerismo. Hace pocas semanas, un obispo francés hizo exorcizar á una joven. Se alzó el grito al cielo y se habló de anacronismo! No me sorprendería que entre los que reclamaron se encontraran discípulos de M. Bernheim. Desde hace tiempo se ha notado que ciertos ateos tienen miedo á los espíritus y creen en la influencia del número trece.

Puesto que he hablado de M. Bernheim y de M. Liégeois, y aun accesoriamente de M. Charcot, tengo que hacer las reservas que ellos mismos harían. Comprenderéis que hombres de ese va-

limiento no llegan á considerar los hechos excepcionales como generalidades. Presentan hechos que creen constantes y sobre los cuales quieren fundar leyes nuevas que no suprimen las viejas, sino que simplemente se agregan á ellas, ó servirán á completarlas.

Fuera de esa escuela que es, ó quiere ser científica, hay que señalar la escuela psíquica literaria que es producto de ella y en cierto punto de vista su desarrollo. Las novelas, como cada cual sabe, se dividen en dos clases: novelas de aventuras y novelas de análisis; lo que no significa que las obras más importantes no contengan á la vez suficiente enredo para recrear la imaginación, y suficiente análisis para despertar una curiosidad más seria.

Las dos clases de novelistas, de la aventura y de la psicología, estaban representadas ahora cuarenta años por Alejandro Dumas y Balzac. Cuanto á mí, que voy dentro de un minuto á hacer os una confesión, os diré que en mi calidad de eclético (soy eclético en todo, menos en filosofía) á mí me gustan mucho las novelas de aventuras que me solazan bastante, y muchas novelas de análisis que á veces casi me apasionan, cuando están bien escritas y son decentes. Aun creo, todo bien considerado, que las novelas de análisis son las que prefiero.

Desgraciadamente, se quedan á cierta distancia de las novelas de Balzac y de Stendhal. Yo quisiera novelas psicológicas, y las que me dais son novelas psíquicas. En las mías se ve con los ojos de la cara; en las vuestras se ve con el vientre.

Los novelistas de moda no toman por heroína á la señorita Pigeaire; pero toman de M. Bernheim y de M. Ligeoi-

la inversión de las facultades y de las voluntades. Pintan estados del alma que presentan como generalidades y que no son sino casos especiales. Quieren hacer interesantes para nosotros á algunos histéricos. Exageran la fuerza y las inmunidades de las pasiones. Las trillas por donde la humanidad á veces se desvía, son las que frecuentan, en lugar de seguir la gran actividad á la luz meridiana. Sus refinamientos hacen desaparecer dos cosas: el buen sentido y el buen derecho. Inmolan la razón á la pasión; y la pasión que glorifican es la pasión ciega y enfermiza. La intensidad del deseo absuelve la imoralidad del acto. No sólo excusan el vicio, sino que le ponen guirnaldas. Se convierte en prueba de delicadeza ó en prueba de fuerza, según el caso. La literatura es su historiógrafo, su sirvienta y su proveedora.

Hay que reaccionar contra esa doble tendencia científica y literaria. Es lo contrario del genio francés, que siempre ha tenido por guía el buen sentido.

JULES SIMÓN.

(*Le Temps.*)

¿Por qué no canto?

¿Por qué no canto? Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y, ¿no has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
A la amorosa
Sobre su nido, y calla y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera inspiranos la edad,
Y publicamos necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
 Cuando sentimos el primer amor,
 Entusiasmados de placer cantamos
 Y evaporamos
 Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después... nuestro placer guardamos,
 Como ocultamos el mayor pesar;
 Porque es mayor en soledad el llanto,
 Y crece tanto
 Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
 Puede tranquilo el corazón gozar;
 Sólo en secreto sus favores presta
 Siempre modesta
 La que el hombre llamó felicidad.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
 La flor sencilla, la modesta flor?
 Así es la dicha que mi labio nombra;
 Crece á la sombra,
 Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
 Que brota ardiente su primer amor;
 Debe cantar el corazón que herido,
 Lloro afligido,
 Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pié grabado
 Un nombre amado por nosotros fué,
 Debe á los cielos levantar sus notas
 Ó hacer que rotas
 Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡cantar cuando insegura y muerta
 La voz incierta triste sonará...!
 Pero cantar cuando jamás se eleva
 Y el aire lleva
 Perdida la canción, ¡triste es cantar!

Triste es cantar cuando se escucha al lado
 De enamorado trovador la voz!
 ¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
 Que no podemos
 Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
 Al sentimiento más nobleza das;
 Tus versos pueden. fáciles y tiernos,
 Hacer eternos
 Tu nombre y tu laúd...; Debes cantar!

Canta y arrulle tu canción sabrosa
 Mi silenciosa, humilde oscuridad;
 Canta, que es sólo á los aplausos dado
 Con eco prolongado,
 Tu voz interrumpir!... Debes cantar.

Pero no puedes como yo he podido,
 En el olvido sepultarte tú:
 Que sin cesar y por doquier resuena
 Y el aire llena
 La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para tí. Como el cocuyo
 El genio tuyo ostenta su fanal;
 Y huyendo de la luz la luz llevando,
 Sigue alumbrando
 Las mismas sombras que buscando va.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

[Colombiano]

Juan Valera.

(COLABORACIÓN.)

I.

El Ateneo de Madrid es el lugar donde se han hecho las más brillantes reputaciones literarias y científicas de todos los centros de España. Nombre que el Ateneo consagra, es un prestigio verdadero: no pasa allí la moneda falsa, ni se confunde la audacia con el saber, ni el desenfado ó el cinismo con el talento. En los años que precedieron á la revolución de 1868, todo se había desnaturalizado: Parlamentos, Academias, Escuelas, hasta la Cátedra. Todo menos el Ateneo, que supo conservar el carácter independiente y el espíritu de progreso y de tolerancia, malttratado en las demás esferas de la vida social. La Academia de la Lengua llegó á convertirse en refugio de afectos á determinados partidos, y sus puestos en premio de condescendencias políticas: en la Academia de la Historia apenas había quien llevase testimonios de idoneidad: en el Parlamento hubo diputado por treinta votos, y pasaron por oradores personas que nunca supieron concordar el nombre con el verbo.

En medio de todas las anormalidades y vetuzteces, aparecía el Ateneo, joven y radiante de luz y de generoso empuje; allí se probaban las fuerzas y se esgrimían las armas de la razón y la ciencia

sin escrúpulos ni cortapizas. Discutíanse todas las escuelas y principios, todas las ideas y tradiciones. Era un ambiente de primavera en que todo se sentía florecer. Se le toleraba, creyendo que no trascendería al exterior, ni que sus debates y controversias ejercerían influjo en el país. Las almas entumecidas no saben que las ideas germinan más indefectiblemente que las semillas de los frutos de la tierra. El Ateneo puso en la revolución moral y doctrinal, la expresión más pura y el atildamiento y la finura que suelen no dar los choques de sangre y las guerras de partidos. La revolución renovó instituciones y sistemas; pero rindió homenaje al Ateneo. Entonces tomó nuevo brío sin perder las prácticas de tolerancia en que siempre se había inspirado. La juventud ocupó los bancos de las secciones, y entró en contacto inmediato y cariñoso con los grandes maestros. Estaban en todo su apogeo Moret y Echegaray, Castelar y Moreno Nieto, y otros mil filósofos, moralistas, jurisconsultos, hombres políticos, astrónomos y matemáticos. Ninguna envidia de abajo para arriba; ninguna tendencia á subordinar en los que ya gozaban de celebridad y de favor. Los adversarios en filosofía, ó en política, tratabáanse bajo una medida de derecho y de respeto que en vano se buscaría en ningún otro centro literario y científico de de nuestra raza. Sólo disonaba el ilustre Moreno Nieto con sus ruidosos arranques contra la democracia; los demócratas se reían contemplando al orador enfurecido, y don Emilio redoblaba sus ataques é inectivas sin vencer la irónica, aunque inofensiva sonrisa, de la gente joven.

No era lo peor para Moreno Nieto la

sorna de Revilla, Tubino y los de su escuela. Al acabar sus iracundos discursos, todos le acariciaban como á un niño mimado: no se creía en su cólera, ni en su mala voluntad. "U. vendrá con nosotros, don Emilio, le decía Revilla; ya lo está, y se hace ruido por no aparcerlo." Moreno Nieto se escapaba á la biblioteca, á donde iban á sacarle las caricias de sus adversarios y los consueños de los amigos.

En el grupo más querido del Ateneo, formaban, además, Pelayo Cuesta, Juan Valera y otros profesores, literatos y sabios. A estos dos debió la juventud que comenzaba á vivir, una vida activa, una solicitud y un estímulo que nunca se agradecerá bastante. Pelayo Cuesta, después Ministro del partido liberal, gozaba como nadie en los debates; se le veía alentar á los novicios, defenderlos, señalarles el camino del porvenir y del éxito.

Pero con inspirar Cuesta y Moreno Nieto tantas simpatías, no podían llegar á la altura del prestigio de Juan Valera. Este hombre se había convertido en el ídolo del Ateneo: los más demagogos y los más tradicionalistas, le seguían para hacerle hablar, para que diese conferencias y tratase aunque fuera de los asuntos más ligeros y menos fatigosos para el espíritu. Tendría Valera en 1870 unos 45 años; alto, bien formado, con un bigote medio gris, ojos alegres, andar firme, acciones desembarazadas. Decíase que había tenido partido entre las mujeres, pero lo indudable era que todas las mujeres, con muy leves excepciones, tenían un partidario en Juan Valera. Compadecía con toda el alma á los que se enamoran de las rubias ó de las morenas, de las circasianas ó de las latinas ó sajonas, perdiendo el derecho de de-

voción en todos los templos. El no particularizaba; su fantasía tubo oraciones para lo bello de todas las razas y latitudes.

A un Materialista.

¿No existe el alma? sólo la materia es la que tiene sér? Pues no te creo! O no piensas siquiera en lo que dices ó está tu joven corazón enfermo.

Nada se pierde, sí, nada se crea; de formas cambia la materia, el cuerpo se descompone; del cadáver brotan larvas y flores, luz, un mundo nuevo.

Sí. Todo eso es verdad. ¿A qué negarlo? No riño con la ciencia, la respeto: yo sé que Dios es químico, que es sabio, que es su laboratorio el Universo.

Sí. Apenas nace el hombre, ya comienza esa sustitución con sus misterios; ese invisible cambio de los átomos que elabora la sangre en nuestro seno.

La savia de aquel germen no es la misma que alimenta más tarde su cerebro; la célula de ayer no es la de ahora; trasfórmanse las fibras y los huesos.

Mas algo existe en él que no varía, que tiene la potencia del recuerdo, que quiere, que aborrece, que compara, que piensa en Dios y que comprende el cielo.

Algo invisible, intrasformable y grande; la esencia que se escapa en el momento en que los ojos turbios y extraviados buscan á Dios con religioso anhelo.

¿Y es eso la materia? ¿Tú lo sabes? ¿Acaso lo ha estudiado tu escalpelo al cortar los tejidos y las víceras de un cuerpo helado, silencioso, muerto...

Esas dudas que sientes ¿son acaso mecánica función de tu cerebro? ¿Y qué es eso que llaman la conciencia? ¿Qué es el negro y atroz remordimiento?

Esa escala ascendente de los séres que la ciencia señala, no es efecto

de ciega evolución de la materia, sino encadenación de un algo eterno.

Nada respondes... Mas la duda horrible persiste allá en tu corazón enfermo. ¿Tú quieres convencerte? Pues escucha: Yo no sé de sofismas ni argumentos:

Mira el retrato de tu santa madre, imprime en él un amoroso beso, y dime si es materia, vil materia, la fibra que palpita allá en tu pecho.

ERNESTO O. PALACIO.

Antonio Vico.

El Noticiero Universal, de Barcelona de España, en su número del 18 de julio trae el retrato de este notable actor, gloria de la escena española, y le dedica unas cuantas líneas con motivo de su viaje á América.

De ellas nos complacemos en tomar las siguientes:

“Vico irá, y al conjuro de su acento, de su arte excepcional, los americanos sentirán renacer las mal dormidas simpatías por la madre patria; los españoles tendrán las funciones—Vico por saludo amoroso del hogar ausente, y las nacientes generaciones llamadas á producir el florecimiento de aquellas nacionalidades jóvenes, sentiranse orgullosas de su abolengo de raza, una raza de héroes y de mártires; de su abolengo histórico, tan rico en epopeyas; de su abolengo literario, sin rival en modo alguno y por ningún concepto.

“Pudierase decir que Antonio Vico marcha á América en clase de enviado extraordinario del sentimiento español, para atraer y aunar y estrechar las miriadas de corazones cuyo palpar acceleara todavía el nombre bendito siempre de la vieja España.

“Por esto, al despedir estas noches á Vico, no vemos, no queremos ver en él al actor que se dispone á cumplir un contrato ventajoso, al hombre que va únicamente á su negocio; vemos y queremos ver, no más, al compatriota encargado de acometer una tarea cuya gloria menor será la de oírse aplaudir por hablar, sentir, y hacer pensar en español”.

MEDITACION.

Labra en la torre la parda golondrina
El nido que la hospeda en el verano;
Entre flores la abeja peregrina
Alza gótico alcázar soberano.

Son las rocas más tristes y más solas
De la graviota audaz seguro abrigo,
Y bajo el manto azul de inquietas olas
Vive el pez sin zozobra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra
Y el cárabo infeliz muere olvidado
Donde, con flores fúnebres, la hiedra
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el cóndor que en atrevido vuelo
Salva abismos tan hondos como grandes,
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

Mas ¿dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

El mar es un abismo y lo sondea
El hombre en busca de grandeza y nombre;
Más ¿donde está la cuna de la idea
Que aun no la puede descubrir el hombre?

Quién dió á Colón la inspiración secreta
Que realizó su esfuerzo temerario?
¿Qué libro consultó cada profeta
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante
Que todo el cielo con su luz abarca?

¿Dónde encontró su inspiración el Dante,
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido ¡obrero sin segundo!
Alzar el hombre templos y ciudades,
En alas del vapor cruzar el mundo
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder á la conciencia,
Luz á los ojos, fuerza á la memoria?
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia,
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿A dónde ¡Oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

Por todo el cosmos tu poder se extiende;
¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!
Nadie el misterio de tu ser comprende;
¡Oh eterno Dios! ¡Mi corazón te adora!

Sólo en tí, en las borrascas de la suerte,
Mis ya cansados ojos están fijos;
Caiga tu bendición sobre mi muerte
Y sé después el padre de mis hijos.

Adoro á tu poder, y humilde creo
Que es tuyo el hondo porvenir del hombre,
Y prefiero ser ciego antes que ateo
Y antes que profanar tu excelso nombre.

Juan de Dios Peza.

Rima.

La escultura del nicho me miraba,
Con dulce compasión;
Yo le conté mis penas, de rodillas,
Y al escuchar mi voz,
En sus labios de mármol, una triste
Sonrisa apareció.

—¡Ya sé lo que me cuentas, dijo el santo!
¡Cosas del corazón.....!

¡Sólo existe un remedio!

—¿Cuál?

—Hacerte de piedra como yo!

RAM DE VIU.

MISCELÁNEA

*“LA JUVENTUD SALVADOREÑA”
desea á sus numerosos lectores,
muchas felicidades durante el año
de 1894.*

EL martes 9 del corriente, falleció en esta ciudad nuestro querido consocio el doctor don Horacio Rómulo Jarquín, uno de los fundadores de “La Juventud Salvadoreña”.

Al saber la infausta nueva, se procedió á nombrar por nuestra Academia á uno de sus miembros para pronunciar la oración fúnebre, habiendo sido electo el señor don Juan Gomar.

Numerosas personas de todas las clases sociales asistieron al entierro del doctor Jarquín, concurriendo también en cuerpo los académicos de la Universidad residentes en esta población, y los miembros de nuestra Sociedad. Llegados á la fúnebre mansión, al pie de la añosa ceiba, hicieron uso de la palabra el doctor don Abraham Chavarría, á nombre de la Universidad, y don Juan Gomar, en representación de nuestra Academia. Acto contínuo se verificó la inhumación de los restos de nuestro inolvidable consocio, y momentos después, tristes y silenciosos, salíamos todos del fúnebre campo, impreso en nuestro corazón el recuerdo del que fue amigo verdadero, esposo digno y amante y jurisconsulto honrado y distinguido.

“La Juventud Salvadoreña” viste de luto sus columnas por la muerte del doctor Jarquín, y en-

vía á su desconsolada esposa y á su familia en general, la más sincera expresión de condolencia.

Por ser mensual esta Revista, no nos había sido posible enviar nuestro sentido pésame á los dignos caballeros don Pablo Orellana, doctor don Francisco, don Carlos y don Miguel Dueñas, distinguidos amigos nuestros, por el fallecimiento de su virtuosa madre doña Teresa Dárdano de Dueñas; pero hoy lo hacemos de todo corazón.

Que á ellos y á su apreciable familia les sirvan de consuelo las acrisoladas virtudes de la notable matrona que fué encanto de su hogar y que ahora goza en el cielo la eterna felicidad de los justos.

TAMBIÉN ha fallecido hace pocos días, la noble anciana doña Liberata L. de Pérez, que siempre se distinguió por sus virtudes y por su carácter afable y bondadoso.

Acompañamos en su profundo pesar á la apreciable familia de la finada, que ha recibido ya el premio de los bienaventurados.

HA fallecido en esta capital doña Carmen Marín de Villacorta, hermana del distinguido caballero don Manuel Marín V.

El recuerdo de las cristianas virtudes que practicó la noble matrona cuya alma ha subido al cielo, deben ser el mejor bálsamo para la hija que sufre en la orfandad y para los hermanos que

han visto desaparecer de un hogar dichoso á la que por todos fue considerada como una santa.

Reciban las distinguidas familias Marín y Villacorta nuestro cordial pésame, que esperamos les servirá de consuelo en su justo dolor.

SE nos asegura que muy pronto se dará en nuestro coliseo una velada lírico-literaria á beneficio de la compañía de bomberos de esta capital.

La idea es magnífica y creemos que se efectuará á la mayor brevedad posible.

“EXPLORACIONES botánicas efectuadas en la parte meridional de Costa-Rica, por los años 1891 á 1892”, por Adolfo Tonduz, quien se ha servido obsequiarnos con un folleto que leeremos detenidamente.

Agradecemos al señor Tonduz el envío en referencia y al propio tiempo lo felicitamos por su valiosa producción.

HEMOS visto en “La América Científica é Industrial” de New-York, la copia y descripción del monumental “Puente Palacio”, levantado últimamente en Bilbao (España) bajo la dirección del popular ingeniero don Alberto de Palacio. Según el periódico new-yorquino, el “Puente Palacio” es actualmente el más ancho del mundo y uno de los más sólidos y hermosos que existen. Agrega el periódico en referencia que con este gran paso que han dado

los españoles en la vía del progreso, han demostrado ante el mundo que no van á la zaga de ingleses, americanos ni franceses.

DE Madrid, hemos recibido “La Caridad”, revista ilustrada, órgano de la Asamblea Española de La Cruz Roja. Tiene esta revista 20 años de existencia y en ella colaboran muchos notables escritores de España y del extranjero. Con el periódico en referencia hemos recibido también los Estatutos de la filantrópica asociación que pone tan de manifiesto los nobles sentimientos de la nación española.

Agradecemos el envío y gustosos correspondemos al canje.

EN la ciudad de Ahuachapán ha fallecido el doctor don Daniel Calderón, académico de la Universidad y uno de los abogados más distinguidos de El Salvador. El doctor Calderón ejercía el cargo de Juez de 1ª Instancia de Ahuachapán, cuando la implacable muerte cortó el hilo de su preciosa existencia.

Que nuestro amigo y colaborador de esta Revista, don Belisario Calderón, lo mismo que su virtuosa madre y su apreciable familia, sufran cristianamente el nuevo golpe que ha venido á aumentar sus sufrimientos, en la esperanza de que algún día verán en el cielo al que en la tierra fue buen hijo y buen hermano.

SE encuentran ya de regreso los señores Delegados salvadoreños al primer Congreso pedagógico-

gico Centro-Americano. Sabemos que la participación que ellos tomaron en los trabajos del Congreso fue activa é importante. Nos es grato enviarles la más cordial bienvenida.

RECEPCIÓN. Muy pronto se verificará la del señor don Isaías Gamboa H. como socio activo de "La Juventud Salvadoreña". El discurso de entrada del señor Gamboa versa sobre "El escepticismo en la poesía", para cuya contestación ha sido designado el socio don Indalecio Zelaya. Dados los méritos que distinguen al nuevo socio activo, muy buena es la adquisición que hará nuestra Sociedad.

TENEMOS el gusto de publicar una bella poesía inédita que el poeta colombiano Adolfo León Gómez remitió á nuestro consocio Zelaya.

DAMOS las más expresivas gracias al doctor don Abraham Chavarría por la deferencia con que nos ha proporcionado, para publicarla en nuestro periódico, la sentida oración fúnebre que él pronunció, á nombre de la Universidad, al inhumarse los restos del doctor Jarquín.

EN el número anterior de esta Revista ofrecimos ocuparnos de Julián del Casal, socio correspondiente de nuestra Sociedad, que hace poco falleció en la Habana. Seguros de que nuestros lectores ganarán con el cambio, en vez de cumplir lo ofrecido, reproduci-

mos el artículo del señor don Vicente Acosta, sobre aquel notable poeta cubano.

SE honran las columnas de nuestra Revista con la inspirada poesía "A Salvador Díaz Mirón," que ha tenido la fineza de enviarnos el notable poeta peruano don Domingo Martínez Luján.

MALOS PENSAMIENTOS. Con el dolor, la lucha y las lágrimas se compra el amor, la gloria y la fama.

Dicen que los ricos se vuelven miserables, y es al contrario, que son los miserables los que se vuelven ricos.

Para librarse de un importuno, el remedio más eficaz es exigirle un servicio.—*F. de P. C.*

"LA NUEVA GENERACIÓN". El 21 del corriente, á las 9 a. m., se verificó en el solón de grados de la Universidad la primera conferencia pública de esta Sociedad compuesta en su mayor parte de jóvenes cursantes de Ciencias y Letras. Versó dicha conferencia sobre "El régimen gramatical," y los socios conferenciantes fueron los jóvenes Dionisio de J. Guerrero y Ciriaco Pastora, habiendo tomado parte en la discusión los socios Teófilo J. González, Antonio Domínguez y Antonio Jule. Nos es satisfactorio enviar la más sincera expresión de aplauso á los jóvenes de "La Nueva Generación", por sus esfuerzos en favor del adelanto intelectual de nuestra patria.